

Guanajuato y el festival cervantino

Entre riscos y montes violentos se alcanza, casi inopinadamente, ese rincón de maravilla que es Guanajuato. A 360 kilómetros de la capital mexicana, la antigua ciudad colonial, que nació del fulgor de la plata y el oro en la mitad del siglo . . . XVI, se veía convertida hoy en el deslumbrante escenario del Primer Festival Cervantino Internacional, inventado por apasionados del teatro, de la historia, del Quijote, pero por encima de todo, de Guanajuato. Y es que la portentosa ciudad explica por sí sola las razones de su hechizante atractivo a través del sempiterno, laberinto de sus callejones, la rosada tonalidad de sus canteras, el silencioso recoveco de sus rincones y la capacidad desconcertante de leyenda que la anima. No escapa a esto último, la brutalidad de la muerte que encuentra, en Guanajuato, la fórmula para deslizarse y exaltar la morbidez de los curiosos que se agrupan horripilados a contemplar las momias famosas. El cementerio de Guanajuato, encaramado encima de la ciudad en una colina casi vertical, tiene la particularidad de preservar los cuerpos. Desenterradas, más de un centenar de acartonadas momias, se han convertido en el macabro espectáculo que ha inspirado inclusive, una extraña y popular industria consistente en la fabricación de estilizadas momias de dulce.



Guido Sáenz

En las calles y plazas con fuentes de Guanajuato se vienen realizando desde hace años representaciones teatrales y serenatas de estudiantinas y rondallas. De ahí nació la idea del Festival Cervantino Internacional. La ciudad sin rótulos comerciales, atmósfera pura e historia brusca, recibió a las delegaciones invitadas de trece países que contribuirían, por dos semanas, a mantener encendidas las candilejas de los dos estupendos teatros existentes: El Principal y El Juárez Dolores del Río actual como Presidenta del Festival. La Primera Dama de la escena mexicana por quien no parece que pasan los años, de brillante sonrisa y permanente belleza, nos invitó a acompañarla al placo de El Principal, la noche de la primera presentación de Costa Rica. El Trío del Conservatorio de la Universidad ejecutó obras anónimas del siglo . . . XVI, música de Beethoven, Dn. Julio Fonseca y Benjamín Gu-

tiérrez y estrenó una partitura de Paul Arma con una sala llena y una audiencia calurosa. La noche siguiente, Danza Moderna 72, el espectáculo de la escuela de la Dirección de Artes y Letras del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, agotó las localidades con un entusiástico público que rindió tributo al grupo costarricense... Bien designada, la doble representación artística de Costa Rica obtuvo, no sólo la felicitación de las autoridades del Festival, sino la de crítica de diarios de la capital que publicaron fotografías y comentarios muy encomiosos tanto para el Trío como para Danza 72. Los artistas regresaron a la tierra con sendas medallas de plata.

A partir de Guanajuato surge inevitable esa sensación de nostalgia que sólo son capaces de producir un reducido conjunto de rincones en el mundo. La ciudad de cantar suelto, vernáculas costumbres y tradiciones, drama convulso a través de su historia y áspero horizonte de piedra, atrapa, seduce y gobierna el ánimo, por tiempo indefinido. Queda entonces el permanente deseo de volver, de estar ahí, de vivir y posiblemente hasta de morir ahí. No importaría que después, años más tarde, otros visitantes se estremeieran, quizá sin entender la razón, ante el extraño espectáculo de una momia con el enigma de una sonreída satisfacción...